

en todos los días de su vida, aunque había leído muchas cartas de descomunión, no había visto ni leído tan linda carta como aquella.—Y ¿tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dijo Don Quijote.—No señor, respondió Sancho, porque, después que la dí, como ví que no había de ser de mas provecho, dí en olvidalla; y, si algo se me acuerda, es aquello del *Sobajada*, digo, del *Soberana señora*, y lo último: *Vuestro hasta la muerte*, *El Caballero de la Triste Figura*: y en medio destas dos cosas, le puse mas de trecientas almas y vidas y ojos míos.”

CAPÍTULO XXXI.

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos.

“**T**odo eso no me descontenta; prosigue adelante, dijo Don Quijote. Llegaste, y ¿qué hacia aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero.—No la hallé, respondió Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.—Pues haz cuenta, dijo Don Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos: y si miraste, amigo, el trigo ¿era candeal ó trechel?—No era sino rubion, respondió Sancho.—Pues yo te aseguro, dijo Don Quijote, que, ahechado por sus manos, hizo pan candeal sin duda alguna; pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, ¿besóla? ¿púsoela sobre la cabeza? ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ó ¿qué hizo?—Cuando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenia en la criba, y díjome: Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aqui está.—¡Discreta señora! dijo Don Quijote; eso debió de ser por leella despacio y recrearse con ella: adelante, Sancho; y en tanto que estaba en su menester, ¿qué coloquios pasó contigo? ¿qué te preguntó de mí? y tú, ¿qué le respondiste? acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima.—Ella no me preguntó nada, dijo Sancho; mas yo le dije de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, ni sin peinarse

la barba, llorando y maldiciendo su fortuna.—En decir que maldecia mi fortuna dijiste mal, dijo Don Quijote, porque antes la bendigo y bendeciré todos los dias de mi vida por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso.—Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fe que me lleva á mí mas de un coto.—¡Pues cómo, Sancho! dijo Don Quijote; ¿háste medido tú con ella?—Medíme en esta manera, respondió Sancho; que, llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver que me llevaba mas de un gran palmo.—Pues es verdad, replicó Don Quijote, que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de gracias del alma. Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto á ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno que yo no acierto á dalle nombre, digo un tuho ó tufo, como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero?—Lo que sé decir, dijo Sancho, es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debia de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa.—No seria eso, respondió Don Quijote, sino que tú debias de estar romadizado, ó te debiste de oler á tí mismo; porque yo sé bien lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleido.—Todo puede ser, respondió Sancho; que muchas veces sale de mí aquel olor que entonces me pareció que salia de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse, que un diablo parece á otro.—Y bien, prosiguió Don Quijote; hé aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino; ¿qué hizo cuando leyó la carta?—La carta, dijo Sancho, no la leyó, porque dijo que no sabia leer ni escribir; antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie, por que no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le habia dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo; y finalmente, me dijo que dijese á vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con mas deseo de verle que de escribirle; y que así le suplicaba y mandaba que, vista la presente, saliese de aquellos matorrales, y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á vuestra merced: rióse mucho cuando le dije cómo se llamaba vuestra merced *El Caballero de la Triste Figura*: preguntéle si habia ido allá el vizcaino de marras; díjome que sí, y que era un hombre muy de bien: tambien le pregunté por los galeotes; mas díjome que no habia visto hasta entonces alguno.—Todo va bien hasta agora, dijo Don Quijote; pero dime: ¿qué joya fué la que te dió al despedirte, por las nuevas que de mí le llevaste? porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escuderos, doncellas ó enanos que les llevan nuevas de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias en agradecimiento de su recado.—Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debia de ser en

los tiempos pasados; que ahora solo se debe de acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea, por las bardas de un corral, cuando della me despedí; y aun, por mas señas, era el queso ovejuno.—Es liberal en extremo, dijo Don Quijote; y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendria allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas despues de pascua; yo la veré, y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? de que me parece que fuiste y veniste por los aires; pues poco mas de tres dias has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá mas de treinta leguas; por lo cual me doy á entender que aquel sábio nigromante que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber, so pena que yo no seria buen caballero andante, digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses: que hay sábio destes que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo ó en qué manera amanece otro dia mas de mil leguas de donde anocheció; y, si no fuese por esto, no se podrian socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso: que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algun endriago, ó con algun fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla, y está ya á punto de muerte, y cuando no os me cato asoma por acullá, encima de una nube ó sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo, que poco antes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y libra de la muerte, y á la noche se halla en su posada cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas; y todo esto se hace por industria y sabiduría destes sábios encantadores que tienen cuidado destes valerosos caballeros: así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso; pues, como tengo dicho, algun sábio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses.—Así seria, dijo Sancho, porque á buena fe, que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oidos.—Y ¡cómo si llevaba azogue! dijo Don Quijote; y aun una legion de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja; pero, dejando esto aparte, ¿qué te parece á tí que debo yo de hacer ahora, cerca de lo que mi señora me manda que la vaya á ver? que, aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome tambien imposibilitado del don que he prometido á la princesa que con nosotros viene, y fuérame la ley de caballeria á cumplir mi palabra antes que mi gusto: por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora; por otra me incita y llama la prometida fe, y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero, lo que pienso hacer, será caminar apriesa, y llegar presto donde está este gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondré á la princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta á ver á la luz que mis sentidos alumbra; á la cual daré tales disculpas, que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo